TRILBY

Ó

EL DUENDE DE ARGAIL.

POR

CÁRLOS NODIER.

CÓRDOBA.

Imprenta y Papelería Catalana, Ayuntamiento 8

TRILBY.

¿Quién no habrá oido hablar de los *drows* de Thulé y de los *elfs*, ó duendes familares de Escocia, que habitan por lo comun en las casas rústicas de aquellos paises? Malicioso demonio, á veces caprichoso y pertinaz servicial y dulce otras, que posee todas las buenas cualidades y los defectos de un niño mal educado. Frecuenta raras veces la habitacion de los grandes y las opulentas granjas que reunen gran número de servidores; un destino mas modesto liga su vida misteriosa á la cabaña del pastor ó del leñador. Allí, mas alegre mil veces que los brillantes parásitas de la fortuna, se entretienen en contrariar á las viejas que por las noches maldicen de él, ó en turbar con sueños incomprensibles, pero gracioso, el sueño de las doncellas, ú ordeña durante la noche las vacas y las cabras del lugar, para gozar de la dulce sorpresa de las pastoras, que llegan al apuntar el dia, y se hallan sin saber

como con las horteras arregladas con órden y llenas de espumosa leche, ó caracolea sobre los caballos que relinchan de gozo, ensortija sus largas crines flotantes, ó lava con agua, pura como el cristal, sus finas y nervudas piernas. Durante el invierno, prefiere el hogar doméstico, ó coloca su habitacion en las grietas del muro ó al lado de la armoniosa celda del grillo. ¡Cuantas veces no se ha visto á Trilby, hermoso duende de la cabaña de Dougal, saltar por las piedras calcinadas, con su pequeño *tartan* de fuego y su ondeante *plaid* de color de humo, queriendo coger al paso las chipas que se escapan de los tizones y suben desde el hogar en columna brillante! Trilby era el mas jóven, el mas galante, el mas apreciable de los duendes. Al recorrer la Escocia entera, desde la embocadura del Solway hasta el estrecho de Pentland, no se hallaba otro que pudiera disputarle el ingenio y la gentileza. No se contaban de él sino cosas amables y caprichosas. Las castellanas de Argail y de Lennox lo querian tanto, que se morian de pena por no poder poseer en sus palacios el duende que habia llenado sus sueños de encantos; y el viejo lairtd de Lutha hubiera sacrificado para ofrecerlo á su noble esposa, hasta el mohoso claymore de Archibald, gótico adorno de su sala de armas; pero Trilby hacia muy poco caso del claymore de Archibal, de los palacios y de las castellanas. No hubiera abandonado la cabaña de Dougal por el imperio del mun-

do, porque amaba á la morena Jeannies, la encantadora barquera del lago Beau, y aprovechaba de vez en cuando la ausencia del pescador para contar á Jeannies los sentimientos que le habia inspirado. Cuando Jeannies, de vuelta del lago, habia visto perderse á lo lejos, hundirse en una abra profunda, ocultarse detrás de un cabo, ó palidecer en las brumas del agua y del cielo la luz del barco que llevaba á su esposo, y las esperanzas de una pesca feliz; miraba una vez aun, entraba suspirando, atizaba los carbones medio blanqueados por la ceniza, y hacian boltear su uso, murmurando el cántico de San Dunstan ó la balada de la aparicion de Alberfoil; y cuando sus párpados abrumados por el sueño empezaban á velar sus ojos fatigados, Trilby, que aumentaba la dejadez de su amada, saltaba con ligereza de su rendija, se balanceaba en las llamas con un gozo de niño, haciendo brillar á su alrededor mil chispas de fuego; se acercaba con timidez á la hermosa dormida, y asegurado por el aliento que exhalaba de sus labios á intérvalos iguales se adelantaba hasta sus rodillas, tocándolas ligeramente como una mariposa, con el batir mudo de sus alas invisibles; ó acariciaba sus mejillas, ensortijaba los largos rizos de su cabellera, se suspendia en los anillos de oro de sus orejas, ó reposaba en su seno, murmurando con una voz mas dulce aun que el suspiro del aire cuando muere en una hoja de álamo; «Jeannies, mi bella Jean-

»nies, escucha un momento al amante que te »adora, y á cuya ternura no corrèspondes. Apiá»date de Trilby, del pobre Trilby, el duende de la »cabaña. Soy yo, Jeanníes, mi bella Jeanníes: »quien cuida el cordero á quien amas, quien da á »su lana la finura de la seda y de la plata. Soy »yo, quien lleva el peso de tus remos para aliviar »tus brazos, quien rechaza á lo lejos la onda que »apenas tocan. Soy yo, quien sostiene tu barco »cuando cede al esfuerzo del viento, quien lo ha»ce surcar contra la marea como en un descenso »fácil. Los peces azules del lago Long y del lago »Beau que muestran á los rayos del sol sus bri»llantes espaldas en las aguas bajas de la rada, »los traje yo de los lejanos mares del Japon para »recreo de la primera niña que darás á luz, y que »verás saltar de tus brazos para seguir sus mo»vimientos ágiles y los variados reflejos de sus »escamas brillantes. Las flores que te admiras de »hallar por la mañana á tu paso, en la mas triste »estacion del año, las voy á buscar para tí en en»cantadores campos cuya existencia ni siquiera »sospechas, y donde yo habitaria, si quisieras ri»sueñas viviendas, en lechos de suabe musgo »que jamás cubre la nieve, ó en el embalsamado »cáliz de una rosa que no se amortigua sino para »dar lugar á rosas mas bellas aun. Al respirar »un ramo de tomillo, si sientes tus lábios heridos »de repente por un movimiento súbito, es un beso »dulce que te doy al pasar. Los sueños que mas

»te gustan aquellos en que ves á un niño que te »acaricia con tanto amor, soy yo quien te los en»via; yo soy el niño cuyos lábios reposan en tus »lábios ardientes en los dulces prestigios de la »noche. ¡Oh! realiza la felicidad de nuestros sue»ños! ¡Jeanníes, mi bella Jeanníes, delicioso en»canto de mis pensamientos, objeto de inquietud »y de esperanzas, de turbacion y de encantos, »apiádate de Trilby, del pobre Trilby, del duende »de la cabaña!

Jeanníes gustaba de los juegos del duende, de sus cariñosas lisonjas, y de sus sueños inocentemente voluptuosos. Mucho tiempo habia que gozaba de aquella ilusion sin participarlo á Dougal, y entretanto la fisonomía dulce y la cariñosa voz del espíritu del hogar se presentaba en su imaginacion, en aquel espacio indeciso que media entre el reposo y el despertar, en que el corazon se acuerda á pesar suyo de las impresiones que ha procurado evitar durante el dia. Le parecia ver á Trilby deslizarse en los pliegues de sus cortinas, ú oirle gemir y llorar bajo su almohada. Algunas veces tambien, habia creido sentir el tacto de una mano agitada, el ardor de una boca ardiente. Se quejó por fin á Dougal de la terquedad del duende que la amaba, y que no era desconocido al mismo pescador, porque aquel rival habia encadenado cien veces su anzuelo ó ligado las mallas de su red á las insidiosas yerbas del lago. Dougal lo habia visto delante de su

barco, bajo la apariencia de un pez enorme, seducir con engañosa indolencia la espera de su pesca nocturna, y luego hundirse, desaparecer, tocar ligeramente el lago bajo la forma de una mosca ó mariposa nocturna, y perderse en la orilla con el *Hope-Clover* en la profundidad de la miés. De este modo, Trilby extraviaba á Dougal y prolongaba por mucho tiempo su ausencia.

Mientras que Jeanníes, sentada en un ángulo del hogar, contaba á su marido las seducciones del malicioso duende, ¡júzguese de la cólera del Trilby, de su inquietud y de sus terrores! Los tizones lanzaban blancas llamas que se balanceaban sobre ellos sin tocarlos. Chispeaban los carbones encendidos, y el duende se revolcaba en la inflamada ceniza, y la hacia volar á su alrededor en ardientes torbellinos. «Esta noche he visto »al viejo Ronald, al centenario monje de Balva »que lee de corrido los libros de la iglesia, y »que no ha perdonado á los duendes de Algail los »estragos que causaron el año último en su pres»biterio. No hay mas que él que pueda librarnos »de este Trilby, y desterrarlo mas allá de las ro»cas de Inisfail, de donde nos vienen estos malos »espíritus.»

No habia aun despuntado el dia, cuando fué llamado el ermitaño á la cabaña de Dougal. Todo el tiempo que iluminó el sol el horizonte, lo pasó en ruegos y meditaciones, hojeando el ritual y la clavícula. Luego á las primeras horas

de la noche, cuando los duendes perdidos en el espacio entraron en posesion de su habitacion solitaria, se puso de rodillas ante el hogar, echó al fuego algunas ramas de acebo bendito que estallaron al quemar, escuchó con atento oido el melancólico canto del grillo que presentia la pérdida de su amigo, y reconoció á Trilby en sus suspiros. Jeannies acababa de entrar.

Entonces el viejo monje se levantó, y pronunciando por tres veces el nombre de Trilby, dijo con voz fuerte: «Te conjuro por el poder que he »recibido de los Sacramentos, para que salgas de »la cabaña de Dougal el pescador luego que haya »cantado por tres veces las santas letanías de la »Virgen. Como que tú, Trilby, no habias dado »nunca lugar a una queja formal, y eras conoci»do en Argail por un espíritu sin malicia; como »sé ademas, por los secretos libros de Salomon »cuya inteligencia se haya reservada, en parti»cular a nuestro monasterio de Barva, que per»teneces á una raza misteriosa cuyo destino fu»turo no se halla fijado todavia, y que el secreto »de tu salvacion ó de tu condena, se halla aun »en el pensamiento del Señor; me abstengo de »pronunciar sobre tí un castigo mas severo. Pero »acuerdate, Trilby, que te conjuro en nombre del »poder que me dieron los Sacramentos, para que »salgas de la cabaña de Dougal el pescador, lue»go que haya cantado por tres veces las santas »letanías de la Vírgen.»

Y el viejo monje cantó por la primera vez, acompañado de los responsos de Dougal y de Jeanníes, cuyo corazon empezaba á palpitar con emocion penible. No dejaba de arrepentirse de haber revelado á su esposo los tímidos amores del duende, y el destierro del acostumbrado huésped del hogar, le hacia comprender que se hallaba mas unida á él de lo que hasta entonces habia creido.

El viejo monje dijo pronunciando de nuevo por tres veces el nombre Trilby: «Te conjuro que »salgas de la cabaña de Dougal el pescador; y »para que no te lisonjees de poder eludir el senti»do de mis palabras, pues no es hoy cuando em»piezo á conocer vuestra malicia, has de saber »que esta sentencia es irrevocable para siem»pre...»

¡Ay de mí! dijo Jeanníes en voz baja.

«A menos, continuó el monje, que Jeanníes »te permitiese la vuelta.»

Jeanníes prestó entonces mayor atencion.

«Y que el mismo Dougal no te lo mandára.»

¡Ay de mí! repitió Jeanníes.

«Y acuerdate, Trilby, que te conjuro en nom»bre del poder que me dieron los Sacramentos, »para que salgas de la cabaña de Dougal el pes»cador, cuando haya cantado por dos veces aun »las santas letanías de la Vírgen.»

Y el viejo monje cantó por segunda vez acompañado de los responsos de Dougal y de Jeanníes

que no pronunciaba sino á media voz, con la cabeza medio envuelta en su negra cabellera, porque su corazon se hallaba sofocado por los sollozos que procuraba contener, y llenos sus ojos de lágrimas.

«Trilby, se decia así misma, no es de una ra»za maldita; este mismo monje acaba de confe»sarlo; me amaba con la misma inocencia que un »cordero; no podia vivir sin mí. ¿Qué será de él »en la tierra, cuando se halle privado de la sola »felicidad que le quedaba? ¿Era acaso tan gran »mal, pobre Trilby, que jugara por las noches »con mi huso, cuando medio dormida se escapa»ba de mis manos, ó que cubriera de besos el hi»lo que yo habia tocado?

Pero el viejo monje, repitiendo aun por tres veces el nombre de Trilby, volvió á empezar sus palabras en el mismo órden.

«Te conjuro en nombre del poder que me die»ron los Sacramentos, para que salgas de la ca»baña de Dougal, el pescador, sin poder jamás »entrar en ella sino bajo las condiciones que te »prescribí, cuando haya cantado una vez aun las santas letanías de la Vírgen.»

Jeanníes llevó la mano á sus ojos.

«Y castigaré tu rebeldía de modo que aterro»rice á tus iguales; te ataré por espacio de mil »años, espíritu desobediente y maligno, en el »álamo mas nudoso y corpulento del cemen»terio.»

¡Desgraciado Trilby! dijo Jeanníes.

«Lo juro en nombre del Señor, y será hecho »así.»

Y cantó por la tercera vez, acompañado de los responsos de Dougal. Jeanníes no respondia, se habia dejado caer en la piedra saliente que rodea el hogar, y el monje y Dougal atribuian su emocion á la natural turbacion que debe causar una ceremonia imponente. Se acabó el último responso; palideció la llama de los tizones; una luz azul, corrió sobre la amortiguada brasa; un grito agudo resonó en toda la cabaña. El duende ya habia salido.

—¿Dónde está Trilby? dijo Jeanníes, volviendo en sí.

—Ha salido, dijo el monje con orgullo.

—¡Salido! esclamó con un acento que él mismo tomó por el de la admiracion; los sagrados libros de Salomon nada le habian enseñado en cuanto á aquellos misterios.

Apenas habia salido el duende de la cabaña de Dougal, cuando sintió Jeanníes con amargura que la ausencia del pobre Trilby habia hecho de ella una soledad profunda. Sus canciones de la noche no eran ya oidas de nadie, y segura de no confiar sus pensamientos sino á las paredes insensibles, no cantaba sino por distraccion, ó cuando le asaltaba el pensamiento de que Trilby, mas poderoso que el ritual y la clavícula, hallaria medio de eludir los exorcismos del viejo mon-

jé y los séveros decretos de Salomon. Entonces con la vista fija en el hogar, procuraba distinguir entre las caprichosas figuras que forma la ceniza, algunas de las facciones que su imaginacion habia prestado á Trilby; pero no hallaba sino una sombra sin formas, sin vida, que rompia la uniformidad del inflamado rojo del hogar, y que se disipaba á la menor agitacion del manojo de yerbas secas, que echaba al fuego para reanimarlo.

Dejaba caer el huso, abandonaba el hilo; pero Trilby no hacia voltear el huso de su amada, ni recogia el hilo del que se habia servido tantas veces para llegar hasta la mano de Jeanníes, é imprimir en ella un beso rápido, despues del cual se retiraba y desaparecia tan pronto, que ni la daba lugar para quejarse. ¡Cómo habian cambiado los tiempos! ¡qué largas eran las noches; qué triste se hallaba el corazon de Jeanníes!

Las noches, la vida de Jeanníes, haban perdido todo su encanto, y se entristecia aun mas al pensar que Trilby mejor acogido por las castellanas de Argail, viviria apacible y acariciado sin temor de sus fieros esposos. ¡Qué comparacion tan humillante entre la cabaña del lago Beau y las suntuosas chimeneas, en que negras columnas de Staffa elevándose sobre mármoles de plata de Firkin, terminaban en resplandecientes bóbedas de mil colores brillantes! Mas dolorosa era para Jeanníes esta comparacion cuando se presen-

taba en su imaginacion á sus nobles rivales, juntas alrededor de un bracero alimentado por preciosos y odoríferos maderos, y llenando de una nube de perfumes el fovorito palacio del duende. Cuando detallaba en su pensamiento las riquezas de sus tocados, los brillantes colores de sus ropajes, lo bello, lo escogido de sus plumas de *ptarmigan* y de garza, la compostura de sus cabellos; cuando creiais oir en el aire los conciertos de sus voces de encantadora armonía. «¡Des»graciada Jeanníes, decia, tú creias saber cantar! »y aunque tuvieras una voz mas dulce que la de »la jóven del mar que los pescadores han oido á »veces por la mañana ¿qué has hecho tú, Jean»níes, para que él se acuerde de tí? Tú cantabas »como si él no estuviera aquí, como si solo el »eco debiera escucharte, mientras que esas co»quetas no cantan sino para él; además ¡cuántas »ventajas no tienen ellas sobre tí! la fortuna, la »nobleza, quizás la belleza misma! tú eres more»na Jeanníes, porque tu frente descubierta en la »resplandeciente superficie de las aguas, desafia al »ardoroso cielo del verano. Mira tus brazos, Jean»níes; son blandos y nervoosos, pero sin delicade»za, sin frescura. Tus cabellos se hallan quizás »faltos de gracia, aunque negros, largos, riza»dos, cuando flotando sobre la desnuda espalda »los abandonas á las frescas brisas del lago; pero »¿me ha visto tan raras veces en el lago y acaso »no lo ha olvidado ya?»

Preocupada con estas ideas, Jeanníes se entregaba al sueño mas tarde que de costumbre. Trilby no se presentaba ya en sus sueños bajo la graciosa forma del enano del hogar. A aquel caprichoso niño habia sucedido un adolescente de cabellos blondos, cuya talla esbelta y llena de elegancia disputaba la soltura á los flexibles juncos de la ribera; se descubrian en él las mismas facciones finas y dulces del jefe de la tribu de los Macfarlanes, cuando trepaba el Cobler blandiendo el poderoso arco del cazador, ó cuando se perdia por los risueños laberintos de Argail haciendo resonar por el espacio las cuerdas de la arpa escocesa; y tal debia ser el último de aquellos ilustres señores, cuando desapareció de repente de su castillo al sufrir el anatema de los santos religiosos de Balva, por haberse rehusado al pago de un antiguo tributo hácia el monasterio. Las miradas de Trilby no tenian ya aquella espresiou franca, aquella confianza ingénua de la felicidad. Miraba á Jeanníes con ojos tristes, suspiraba amargamente, cubria su frente con los rizos de su cabellera, ó la envolvia entre los largos pliegues de su manto; luego se perdia entre las confusas sombras de la noche. El corazon de Jeanníes era puro, pero sufria á la idea de que ella sola era la causa de las desgracias de aquella encantadora criatura que no la habia ofendido jamás, y cuya ternura habia temido demasiado pronto. Se imaginaba en el error involuntario de

sus sueños, que el duende volvia á sus llamamientos, y que penetrado de reconocimiento se postraba á sus pies y los cubria de besos y de lágrimas. Pero al contemplar su nueva forma, conocia que no podia inspirarle sino un interés culpable, y deploraba su destierro sin atreverse á desear su vuelta.

Así pasaban las noches de Jeanníes desde la salida del duende; y su corazon, atormentado por un justo arrepentimiento, ó por una inclinacion involuntaria, siempre rechazada, y vencedora siempre, no alimentaba sino melancólicas imágenes, que turbaban el reposo de la cabaña. Hasta el mismo Dougal parecia inquieto; porque las casas habitadas por los duendes gozan de muchos privilegios. Se hallan preservadas de los accidentes del huracan y de los desastres del incendio, porque el atento duende no olvida jamás, cuando todos se han entregado al reposo, dar la vuelta nocturna alrededor del dominio hospitalario que le presta un asilo contra el frio de los inviernos, compone el pajizo techo á medida que un viento obstinado lo va dividiendo, ó coloca en sus goznes una puerta agitada por la tempestad. Obligado á alimentar para sí el agradable calor del hogar, revuelve de vez en cuando la ceniza que se amontona; reanima con ligero soplo una chispa que se estiende poco á poco sobre un carbon amortiguado y que acaba por abrasar toda su negra superficie. No le falta mas para calentarse,

pero paga generosamente el beneficio, cuidando de que una llama furtiva pueda turbar el tranquilo sueño de sus huéspedes, observa con la vista los rincones de la cabaña, las rendijas de la antigua chimenea; revuelve el forraje en el pesebre, y la paja en la litera; y no se limita tan solo á los cuidados del establo; proteje tambien á los pacíficos habitantes del tras-corral y de la pajarera, á quienes la Providencia no ha concedido sino gritos para lamentarse, á quienes no ha dejado arma alguna para defenderse. Amenudo el gato montés, que habia bajado de sus montañas, moderando el paso sobre el musgo que tocaba apenas, conteniendo su ahullido de tigre, cerrando sus ojos ardientes que brillan en la oscuridad, como luces errantes; la viajadora marta, que cae de repente sobre su inadvertida presa, que la arrebata sin herirla, la rodea como una coqueta de graciosos abrazos, la embriaga con perfumes encantadores, y le imprime en el cuello un beso que le da la muerte; la misma zorra, á veces ha sido hallada sin vida al lado de un nido de pájaros recien nacidos, mientras que la madre dormia inmóvil, la cabeza oculta bajo el ala, soñando en la feliz historia de nidada nacida ya.

En fin, el mal humor de Dougal se habia aumentado con la falta de aquellos peces azules, que solo caian en sus redes, pues desde la partida de Trilby, todos habian desaparecido. Al ir al lago, era perseguido por los niños de la tribu de

Macfarlane, que le gritaba: «Dougal, «Dougal, »os habeis llevado nuestros hermosos peces del »lago Long y del lago Beau; ya no los veremos »saltar en la superficie de las aguas, pareciendo »querer morder nuestros anzuelos, ó detenerse »inmóviles como flores color del tiempo, sobre »las frescas yerbas de la rada. Ya no les veremos »nadar mas á nuestro lado cuando nos bañemos, »ni nos apartarán de las corrientes peligrosas re»volviendo con rapidez su larga columna azul:» y Dougal proseguia su camino murmurando y diciéndose entre sí: «en efecto, será cosa bien ri»dícula estar celoso de un duende; pero en cuan»to á eso, el viejo monje de Balva sabe mucho »mas que yo.

Dougal, en fin, no podia menos de ver el cambio que se habia efectuado en el carácter de Jeannies, tan sereno en otro tiempo; y jamás pensaba en el principio de su melancolía, sin acordarse de las ceremonias del exórcismo y del destierro de Trilby. A fuerza de reflexionar, se persuadió que las inquietudes que notaba, y la mala fortuna que tenia en la pesca, podrian muy bien ser efecto de un maleficio; y sin comunicar este pensamiento á Jeannies, en términos que pudiesen aumentar la pesadumbre á la que parecia hallarse entregada, le sugirió poco á poco la idea de recurir á una proteccion poderosa contra el cruel destino que les perseguia. Pocos dias despues debia tener lugar en el monasterio de

Balva la famosa vigilia de San Columbain, cuya intercesion mas que ninguna otra, buscaban las jóvenes del país, porque víctima de un amor secreto y desgraciado, seria sin duda mas propicio á los ocultos pesares del corazon que los demás habitantes de la mansion celeste. Contábase de él milagros de caridad y de ternura; y nunca Jeanníes habia oido hablar de ellos sin emocion, y de algun tiempo á aquella parte, se le presentaban con frecuencia á su imaginacion entre los encantadores sueños de la esperanza. Además, accedió fácilmente á la proposicion de Dougal, porque no habia visitado jamás la plataforma de Calender; y en aquel pais, nuevo á sus ojos, creia hallar menos recuerdos que en el hogar de la cabaña, que le traia siempre á la memoria las gracias y el inocente amor de Trilby. Un solo pesar se mezclaba á la idea de aquella romería. El anciano del monasterio, el inflexible Ronald, cuyos crueles exorcismos habian desterrado á Trilby para siempre de su oscura soledad, bajaria probablemente de la hermita de las montañas para tomar parte en el solemne aniversario del santo patron; pero Jeannies, que temia con razon tener que echarse on cara muchos pensamientos indiscretos, y hasta sentimientos culpables, se resignó á la mortificacion ó al castigo de su presencia. ¿Qué iba, por otra parte, á pedir á Dios, sino el olvido de Trilby, ó mas bien de la falsa imágen que de él se habia formado? ¿Qué

ódio podria conservar hácia aquel anciano, qué no habia hecho mas que llenar sus votos y prevenir su penitencia?

«Ronald, se decia á sí misma, tenia mas de »cien años en la última caida de las hojas, y qui»zás no exista ya.»

Dougal, menos preocupado, porque era mas fijo el objeto de su viaje, calculaba todo lo que podia esperar de la pesca de los peces azules, cuya especie creia no ver acabar jamás, y como si hubiera pensado que solo el proyecto de una piadosa visita al santo abad debia conducir á aquel pueblo bagamundo á las aguas bajas del golfo, las sondeaba inútilmente con la vista, recorriendo el pequeño rodeo de la extremidad del lago Long hácia las deliciosas orillas de Tarver, encantadores campos cuyo recuerdo no olvida jamás, hasta el viagero que los atraviesa con el corazon vacio de las ilusiones del amor que embellecen todos los paises. Poco menos de un año hacia que se habia alejado Trilby. El invierno no habia empezado aun, pero el estío habia pasado ya. El frio de la mañana hacia enroscar las hojas en la punta de las ramas, y sus caprichosos ramilletes llenos de un rojo brillante, ó jaspeados de un amarillo color de oro, parecian adornar la frente de los árboles con flores mas frescas, con frutos mas brillantes que las flores y frutos que les da la naturaleza. Creeríanse ser ramilletes de granadas en los álamos, maduros racimos en

la pálida verdura de los fresnos, sorprendidos al brillar entre las finas labores de su ligero follaje. En los dias de decadencia del otoño, hay algo de inexplicable que se une á la solemnidad de todos los sentimientos. Cada paso que da el tiempo, imprime en los campos que se deshojan ó en la frente de los árboles que se amortiguan, un nuevo signo de caduquez mas grave é imponente. Se oye salir del fondo de los bosques un rumor amenazador compuesto del crujido de las ramas secas, del roce de las ojas que caen, del confuso quejido de las bestias feroces, lamentos, suspiros, quejidos parecidos á veces á voces humanas, que aterrorizan y sobrecojen el corazon. Aun en el abrigo de los templos persiguen al viajero iguales sensaciones. Los mismos ruidos y rumores estraños pasan por debajo de las altas bóvedas de las viejas iglesias que al través del espeso follaje de los bosques, cuando las pisadas del solitario esparcen ruidos incomprensibles y producen ecos estraños en la nave; el viento entonces se desliza silbando por entre las mas unidas arcadas, agita fuertemente los rotos vidrios, y toda estraña armonía acompaña el lento y prolongado rumor de los pasos. Diríase algunas veces que aquello es el canto débil y monótono de una jóven monja que une sus preces al sonido majestuoso del órgano; y en otoño mayormente se producen estas impresiones con tanta naturalidad, que engañan muy fácilmente el instinto de los

animales. Se ha visto andar errantes los lobos por entre las columnas de una capilla abandonada, del mismo modo que entre los blancos troncos de las hayas; posarse una bandada de pájaros espantados, ya en las altas copas de los árboles, ya en las larguísimas puntas de los campanarios góticos. Al aspecto de esta especie de árbol imponente, cuya forma y materia han sido arrancadas á su bosque natal, el milano estrecha poco á poco el círculo de su vuelo y se lanza sobre su punta aguda, como se ve cincelado sobre la corona de un antiguo blason. Esta idea hubiera podido precaver á Jeanníes del error de un presentimiento horroroso, cuando siguiendo los pasos de Dougal llegó á la capilla de Glenfallach, hácia la cual se habian dirigido porque era la destinada para la ofrenda. En efecto, habia visto á lo lejos un cuervo con alas inmensas, bajarse sobre la antigua aguja del campanario, y lanzar al posarse en ella un grito lúgubre y prolongado, que expresaba tanta inquietud, tanto sufrimiento, que no pudo menos de considerarlo como un presagio funesto. Mas tímida que hasta entonces, al acercarse allí volvia la vista en torno suyo con un sobresalto involuntario, y su oido se espantaba al débil murmullo de las *mudas ondas* que vienen á morir al pié del monasterio solitario.

Así pues, de ruinas, en ruinas, llegaron Dougal y Jeanníes á las estrechas orillas del la-

go Kattrin, porque en aquel antiguo tiempo eran mas escasos los barqueros que los peregrinos. En fin, despues de tres dias de viaje descubrieron á lo lejos los abetos de Balva, cuyo sombrío verdor se destaca fuertemente en los secos bosques, ó en el pálido musgo de la montaña. En la otra falda árida y resbaladiza, y como suspendidos en la punta de una roca perpendicular, á cuyo abismo parecian iban á precipitarse, veianse las negruscas y viejas torres del monasterio y otras partes del edificio medio derruido.

Ningun esfuerzo humano habia sido empleado para reparar la destruccion del tiempo, desde que los santos habian fundado aquel edificio; y una tradicion antigua y universal muy sabida por todo el pueblo aseguraba que cuando sus solemnes vestigios acabarian de poblar la tierra con sus destrozos, el enemigo de Dios triunfaria por largos siglos en Escocia, y que con tinieblas impías y falsas creencias, obscureceria el puro y brillante esplendor de la fé. Asi pues, era un objeto de gozo cada dia nuevo para la multitud cristiana el verlo aun de aspecto imponente, y cuya solidéz ofrecia largos años de duracion. Entonces los gritos de gozo, los alaridos de entusiasmo, el dulce murmullo de esperanza y de reconocimiento, se confundian con la plegaria comun.

Aquí pues, durante este momento de piadosa y profunda emocion que escita la esperanza ó la

vista de un milagro, todos los peregrinos se arrodillaron, recordando durante algunos momentos de adoracion los principales objetos del viaje. La mujer y las hijas de Col'-Calmeron, uno de los mas cercanos vecinos de Dougal, los nuevos adornos que eclipsáran en la fiesta próxima la sencilla hermosura de Jeanníes; Dougal, el golpe de red misteriosa que lo enriqueció con un tesoro encerrado en una caja preciosa, á la que la buena fortuna habia conducido intacta hasta la orillla del lago; y Jeanníes, la necesidad de olvidar á Trilby, y de no acordarse de él jamás; plegaria que su corazon no podia contener entera, y que esperaba meditar al pié de los altares, antes de confiarla á los altos destinos de su santo protector.

Llegaron por fin los peregrinos á la plazuela de la vieja iglesia, en donde uno de los ermitaños mas anciano de la comarca; estaba ordinariamente encargado de recoger sus ofrendas, y de ofrecerles alimentos y asilo para la noche. De lejos, la tersa blancura de la frente del anacoreta, su talle magestuoso que no habia doblado el peso de los años, la gravedad imponente de su posicion inmóvil y casi amenazadora, habian engendrado en Jeanníes un recuerdo lleno de respeto y de terror. Este ermitaño era Ronald, el viejo monje de Balva. «Me hallaba preparado ya para recibiros» dijo á Jeanníes con una intencion tan penetrante que la infeliz no hubiera probado mayor turba-

cion al verse acusada públicamente de un pecado. «Vos tambien aquí mi buen Dougal» continuó dándole la bendicion.

«Venís con mucha razon á buscar los dones »del cielo en la casa de Dios, y á pedirnos contra »los enemigos secretos que os atormentan, los so»corros de una proteccion que los inmensos peca»dos del pueblo han amortiguado, y que no pue»de renacer sino á costa de grandes sacrificios.»

Mientras hablaba de tal manera, les habia introducido en la larga sala de refectorio; los demás peregrinos, unos yacian tendidos en las losas del vestíbulo, otros se esparramaron, siguiendo cada cual su devocion particular, entre las capillas de la iglesia subterránea. Ronald se persignó y sentó, y Dougal siguió su ejemplo. Jeanníes llena de una inquietud extraña, invencible, queria evitar la fija atencion del santo sacerdote, dejando errar la suya sobre la infinita variedad de objetos que aquella habitacion desconocida la ofrecia. Obserbaba con una curiosidad vaga, la clave inmensa de las antiguas bóvedas, la lijera elevacion de las columnas, los caprichosos y fantásticos ornamentos, y la infinidad de cuadros suspendidos en el entablamento, unos empolvados, otros destrozados y carcomidos.

Era la primera vez que Jeanníes entraba en una galería de pintura, la primera vez que veia una imitacion del hombre, animada segun el capricho del artista, de todas las pasiones de la vi-

da. Contemplaba admirada esta bella sucesion de héroes escoceses, de diferente espresion y carácter, y cuya brillante pupila siempre fija sobre sus movimientos, parecia perseguirla de cuadro en cuadro, en unos con la espresion del interés, con una nobleza imponente, ó con una ternura inútil, en otros lanzando sombrías miradas de amenaza y maldicion. En uno de ellos, habia el pincel del atrevido artista, por una combinacion de sombras y colorido, representado el héroe con tanta verdad, que parecia animado y pronto á saltarse del cuadro; esta idea de verlo desprenderse de su dorada guarnicion, y atravesar la galería como un espectro, horrorizó de tal modo á Jeanníes, que temblando fué á unirse con Dougal y cayó desconcertada en el banco que Ronald la habia preparado.

«Este, dijo Ronald, cuya conversacion con »Dougal no habia sido interrumpida, es el piado»so Magnus Mac-Farlane, el mas generoso de »nuestros bienhechores y al que se diririgen la »mayor parte de nuestras oraciones. Indignado »por haber faltado á la fé sus descendientes, cu»ya perfidia ha probado por largos siglos los no»bles esfuerzos de su alma, dicen que desde este »mismo retrato misterioso persigue á sus cóm»plices y partidarios. Aseguran tambien, que ja»más pudo entrar en esta habitacion ningun ami»go de los últimos Mac-Farnale, sin que el pia»doso Magnus bajara del cuadro, en donde tal

»vez lo habia fijado el pintor, para vengar el crí-
»men y baldon de su raza. Estos lugares que si-
»guen vacios, continuó, son los que debian ocu-
»par nuestros opresores, mas no han sido admi-
»tidos en el estante como habrán sido desechados
»en el cielo.

»No obstante, dijo Jeanníes, el último lugar
»parece está ocupado... Hé aquí un cuadro en el
»fondo de esta galería y que si no estuviese ocul-
»to debajo el velo...»

«Os decia Dougal, continuó el monje sin pres-
»tar atencion á la observacion de Jeanníes, que
»este último cuadro es el de Magnus Mac-Falar-
»ne, y que todos sus descendientes han arrastra-
»do sobre sí la maldicion eterna.»

«Mas hé aquí, dijo Jeanníes, un cuadro en el
»fondo de esta galería, un cuadro cubierto con un
»velo, y que sin duda no seria admitido en este
»santo lugar, si el personaje que representa hu-
»biese caido tambien en la maldicion eterna. ¡Tal
»vez no pertenecerá á la familia de los Mac-Far-
»lane, segun se ve en el órden de la galería, y
»como un Mac Farlane!...»

«La venganza de Dios tiene sus límites y con-
»diciones, interrumpió Ronald, y á buen seguro
»que este jóven ha encontrado amigos entre los
»santos...»

«Era jóven, esclamó Jeanníes...»

«Y bien, respondió con dureza Dougal, ¿qué
»importa la edad de un condenado?...

»Los condenados no tienen amigos en el cie»lo» respondió Jeanníes con viveza, precipitándose hácia el cuadro. Dougal la detuvo. Ella se sentó. Los peregrinos fueron entrando poco á poco en la sala, y formando un círculo inmenso alrededor del venerable viejo que continuó el discurso que habia comenzado.

«En verdad, en verdad, repitió apoyando las »manos sobre su frente desconcertada... ¡terribles »sacrificios!... por medio de nuestra intercesion »solo podemos pedir la proteccion del Señor sobre »las almas que la demandan sinceramente, y co»mo nosotros, sin engaño ni debilidad. No es »bastante temer la obsesion del demonio, y rogar »al cielo para que nos libre de él. ¡Es preciso mal»decirlo! ¡Sabeis que hay ocasiones en que la ca»ridad puede ser un gran pecado!»

«¿Es posible, respondió Dougal?» Jeanníes volvió la cabeza, y observó á Ronald con mas atencion que hasta entonces.

«Pobres desgraciados, continuó ¿y cómo re»sistiríamos al maligno espíritu que se goza en »nuestra desgracia, si no usásemos contra él de »todos los socorros que nos ha confiado la reli»gion, y de todo el poder que ha colocado en nues»tras manos? ¡De qué nos serviria el rogar cada »dia para librarnos de los que nos persiguen, si »no usasen ya contra nosotros de sus maleficios y »sortilegios!»

«El aire sagrado que nos rodea, nuestras pri-

»vaciones, el duro cilicio que nos envuelve, no »son bastantes para contener las tentaciones del »demonio; sufrimos tambien como vosotros, que»ridos hijos, y juzgamos vuestras desgracias y »dolores por las que hemos sufrido ya. ¿Creeis tal »vez que nosotros, pobres monjes, hemos pasado »la larga carrera sobre esta tierra rica de goces »y placeres, por una senda llena de soledad y de »miserias sin luchar con deseos de voluptuosidad, »y sin apetecer este bien temporal que llamais »*felicidad*? ¡Oh! ¡cuantas veces sueños felices y »lisonjeros han turbado nuestra juventud! ¡cuan»tas veces una ambicion criminal ha atormenta»do nuestra edad madura! ¡cuantos amargos re»cuerdos han pasado sobre nuestras canas, y con »cuantos remordimientos llegariamos ante el »trono del Eterno, si no nos hubiésemos armado »de maldiciones y anatemas, para combatir el »espíritu del pecado!...»

A estas palabras el viejo Ronald hizo una señal y todos se sentaron en el estrecho banco que corria de arriba abajo de la pared como una moldura.

«¡Considerad nuestra tristeza, por la soledad »que nos rodea, dijo Ronal, por el inmenso aban»dono á que estamos condenados! Los mas crue»les rigores que os hace probar vuestro destino, »no están exentos de consuelo y de placer. Teneis »toda una alma que os ama, toda una imagina»cion que os comprende, otro *ser* que se une á

»vuestros recuerdos, á vuestros intereses, á vues-
»tras esperanzas, en fin á vuestro pasado, vues-
»tro presente, vuestro porvenir. No hay círculo
»que detenga la libertad de vuestro pensamien-
»to; no hay obstáculo que fije límites á vuestros
»pasos, ni criatura que desprecie vuestro amor;
»mientras que toda la vida del monje, toda la
»historia del ermitaño, pasa desconocida del cír-
»culo solitario de la iglesia al sombrío recinto de
»las catacumbas. La sola diferencia existe en la
»larga série de años que se desenvuelven inva-
»riablemente, y que forman nuestra existen-
»cia es el cambiar de tumba, el pasar de entre los
»sacerdotes, á la morada de los justos. ¿Y os pa-
»rece si es posible apetecer por segunda vez una
»vida tan triste y penosa? Ahora bien, queridos
»hermanos, ved hasta qué punto el celo que nos
»une á vuestros intereses, emponzoña cada dia
»la austeridad de la penitencia. No es bastante
»el que estemos sometidos como el resto de los
»demás hombres á las agitaciones del corazon,
»de las que ningun descendiente de la raza de
»Adan se ha podido librar, no; no existe ni un
»espiritu débil y desgraciado, ni un solo duende
»el mas desconocido que no se goce en atormen-
»tar nuestros rápidos instantes de reposo, y el
»silencio por largo tiempo no interrumpido de
»nuestra celda. Algunos de estos duendes ocio-
»sos, y mucho mas aquellos que á fuerza de sa-
»crificios y oraciones los hemos desterrado de

»vuestras habitaciones, se vengan cruelmente »sobre nosotros con el poder que un exorcismo »indiscreto les ha dejado. Si al arrancarles de los »rincones secretos de vuestras quintas, no les fi»jamos un lugar de destierro determinado, solo »quedan libres de sus caprichos, y superchería »las casas que hemos libertado. ¿Creereis que no »hay nada santo, nada sagrado para ellos, y que »su falange infernal, en este mismo momento en »que os estoy hablando, solo espera que las ti»nieblas bajen sobre la tierra, para lanzarse cual »un espeso torbellino debajo el techo artesonado »del cláustro?»

«El otro dia, en el momento de depositar uno »de nuestros hermanos en la mansion de los muer»tos, la cuerda se rompió súbitamente lanzando »un silbido agudo y el ataud cayó rodando furio»samente debajo de las bóvedas. Las voces que »salian, huecas, estrañas, y cascadas, parecian las »de los muertos indignados por haberles turbado »el reposo de la tumba. Al acercarse á la sepul»tura uno de los monjes que estaban mas cerca»nos á ella creyó ver en el fondo levantarse las »losas con pesadéz, flotar agitadamente los su»darios, y los esqueletos puestos en movimiento »por el artificio de los duendes, lanzar risotadas »agudas mezcladas con risotadas satánicas y »amargas, andar errantes sobre el pavimento que »temblaba, agruparse confusamente en la larga »sillería, y mezclarse cual figuras grotescas, en-

«tre la sombra del santuario. En el mismo mo-
»mento, todas las lámparas de la iglesia... ¡Es-
»cuchad!...»

Todos se apretaban y adelantaban para poder oir mejor á Ronald. Jeanníes permanecia sola, pasando sus dedos por entre un flotante rizo de su cabello, parecia tener el alma fija en un solo pensamiento, escuchaba pues, mas nada oia.

«Escuchad queridos hermanos, y reflexionad,
»qué secreto pecado, qué traicion, qué asesinato,
»qué adulterio, ya de accion, ya de pensamiento,
»ha podido atraer sobre nosotros esta calamidad.
»Desaparecieron todas las luces del templo. Las
»antorchas de los acólitos, lanzaban apenas al-
»gunas llamas amortiguadas y fugitivas que
»huian, venian y danzaban alrededor del pavilo,
»formando un círculo azul, amarillo como los fue-
»gos mágicos de las brujas, despues se elevaron
»y se perdieron por último en los negros rincones
»de los vestíbulos y de las capillas. En fin la lám-
»para inmortal del Santo entre todos los Santos.
»Yo la ví agitarse, debilitarse, amortiguarse por
»grados y morir. ¡Morir!... ¡La noche oscura, ne-
»gra, la noche entera en la iglesia, en el cora-
»zon, en el tabernáculo! ¡la noche bajada por pri-
»mera vez sobre el Sacramento del Señor! ¡En to-
»das partes la noche húmeda, oscura, espantosa,
»y mas horrorosa y tremenda aun debajo de las
»bóvedas de nuestros templos, en los que debe
»reinar eternamente la luz!... Nuestros monjes

»esparcidos y errantes por la inmensidad del tem-
»plo, mas inmenso todavía durante la lobreguez
»de la noche, no encontrando en ninguna parte
»una salida estrecha y olvidada, engañados por
»el confuso murmullo de sus voces plañideras, que
»repetidas por el eco, llegaban á sus oidos pro-
»duciendo ruidos estraños de amenaza y terror;
»huian espantados y confundidos. Escuchaban
»aterrorizados los clamores y gemidos de las
»imágenes que habia entalladas sobre las tum-
»bas, porque creian haberlas visto llorar sobre su
»lecho de piedra. Uno de ellos sintió la mano de
»San Duncan abrirse, apretar la suya fuertemen-
»te, y atarlo á su sepulcro para no poder sepa-
»rarse jamás. El dia siguiente lo encontraron
»muerto. El mas jóven de nuestros hermanos,
»(que habia llegado poco tiempo y cuyo nombre
»y familia ignoramos todavia) se agarró tan fuer-
»temente á la imágen de una santa, en cuyo so-
»corro confiaba, que la arrastró sobre sí, y le
»aplastó en su caida. Esta era, ya lo sabeis vos,
»la que un hábil escultor del pais habia cincela-
»do poco há, á semejanza de la vírgen de Lothian
»que murió de pesar por haberla separado de su
»prometido esposo. Tantos males, continuó Ro-
»nald fijando su mirada en los ojos inmóviles de
»Jeanníes, son tal vez efecto de una piedad indis-
»creta, de una intercesion involuntariamente
»criminal, ó de un pecado, de un solo pecado de
»intencion.»

«¡De un solo pecado de intencion!» exclamó Clady la mas jóven de las hijas de Coll-Cameron.

«De uno tan solo, repitió Ronald con impa»ciencia.» Jeanníes permanecia inmóvil y tranquila sin haber tan solo lanzado un suspiro. El misterio incomprensible del retrato tapado, ocupaba toda su imaginacion.

«En fin,» continuó Ronald levantándose y dando á sus palabras una espresion solemne de entusiasmo y superioridad, «hemos fijado este »dia para lanzar el terrible é irrevocable anate»ma sobre todos los espíritus malignos de la Es»cocia.»

«¡Irrevocable!» murmuró una voz triste y lastimera, que fué alejándose gradualmente.

«Irrevocable, si es libre y universal. Cuando »el grito de maldicion se fulmine delante del al»tar, y sea repetido por todas las voces...»

«Si todas las voces repiten un grito de maldi»cion fulminado delante del altar,» respondió la misma voz. Jeanníes pasó al estremo de la galería.

«Entonces se acabará todo, y los demonios se »hundirán para siempre en el abismo.»

«Que así sea, respondió el pueblo» y siguió en tropel al tremendo enemigo de los duendes. Los demás monjes, ó mas tímidos ó menos severos, se habian sustraido á la ceremonia formidable; porque segun hemos dicho ya; no era punto

cierto en la creencia popular, si la condenacion eterna de los duendes de Escocia inspiraba mas inquietud que ódio, y se habia esparcido un rumor bastante probable, de que muchos de ellos, del mismo modo dirigian los rigores del exorcismo y las amenazas del anatema en la celda del pobre solitario, que en el sepulcro de un apóstol. En cuanto á los labradores y pastores debian tan solo alegrarse por no tener ya interrumpidas la mayor parte de sus relaciones familiares; mas poco sensibles al recuerdo de los servicios pasados, porque á buen seguro, lo único que podia incitarles á destruir este enemigo comun, eran los favores que de él habian recibido, juntaban sus imprecaciones á la cólera de Ronald.

La historia del destino del pobre Trilby, habia llegado entonces á oidos de los vecinos de Dougal, y las hijas de Coll-Cameron decian muchas veces durante la velada que sin duda debia Jeanníes á sus sortilegios, lo acaecido en las fiestas de la tribu, y Dougal la superioridad que habia adquirido en la pesca sobre su padre y sus amantes. ¿Por ventura no habia visto Maineh Cameron á Trilby, sentado á la punta del batel, y lanzar á manos llenas millares de peces azules en las nasas vacías del dormido pescador, dispertarlo despues, y precipitándose en el rio, rodar de onda en onda hasta llegar á la orilla rodeado de una espuma argentada?... «¡Maldicion, gritó Maineh!...

«¡Maldicion esclamó Fey!...» «¡Ah! ¡solo Jean-»níes posee encantos para vos! decia Clady por »lo bajo; vos me habeis abandonado, dulce com-»pañero de mi sueño, á mi que siempre os he ama-»do, y si la maldicion del cielo pronunciada con-»tra vos no tuviese efecto, libre entonces de es-»coger entre todas las cabañas de la Escocia, »¡siempre, siempre fijareis vuestra morada en la »de Jeannies!... ¿No es verdad?»

«¡Maldicion! repitió Ronald con una voz te-»rrible.» Clady tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí misma para pronunciar esta palabra; pero al ver entrar á Jeanníes tan bella de emocion y de amor, ya no dudó mas. ¡Maldicion! esclamó Clady ..

Solo Jeanníes habia dejado de asistir á la ceremonia; las rápidas y profundas sensaciones no habian dado lugar á la multitud para notar su ausencia. Clady no obstante habia reparado en ella, porque en cuanto á belleza la creia la única rival digna de ella. Recordaremos que un vivo interés de curiosidad arrastraba á Jeanníes al estremo de la galeria, en el momento en que el viejo monje preparaba el espíritu de sus oyentes para cumplir con el cruel deber que la piedad le imponia. Apenas hubieron salido de la sala, cuando Jeanníes, temblando de impaciencia, y poseida quizá mal de su grado, de otro sentimiento, se lanzó precipitadamente hácia el cuadro tapado, arrancó el velo que le cubria, y reconoció á

primera vista las facciones que habia soñado en su ilusion. Era él: era aquella fisonomía tan conocida, los vestidos, las armas, los blasones, el nombre mismo de los Mac-Farlane. El pintor gótico habia trazado debajo del retrato, segun la costumbre de su tiempo, el nombre del personaje allí representado.

JOHN TRILBY MAC-FARLANE.

¡Trilby! esclamó Jeanníes admirada y luego lijera como el rayo, recorrió las galerías, las salas, los corredores, los vestíbulos, y cayó al pié del altar de San-Colombain, en el mismo momento en que Clady haciendo un esfuerzo sobre si misma, acababa de pronunciar el grito de maldicion. «Piedad, esclamó Jeanníes abrazando el »santo sepulcro.» Amor y caridad, repitió por lo bajo. Y si hubiese faltado en el corazon de Jeanníes fuerza bastante para tener fé en la piedad, la sola imágen de San-Colombain hubiera sido suficiente para reanimarla. Es menester haber visto la sagrada efigie del protector del monasterio, para poder formarse una idea de la divina espresion con que los ángeles han animado el cuadro milagroso; porque todo el mundo sabe que esta pintura no ha sido trazada por la mano del hombre, sino que bajó un espíritu durante el sueño involuntario del artista á embellecer las facciones angelicales del bienaventurado, con un

sentimiento de piedad y de ternura, que la tierra desconocia. San-Colombain era el único entre los elegidos del Señor, de mirada triste y de sonrisa amarga, ya fuese por el dolor de h ber dejado sobre la tierra un objeto de afecto y de ternura, que los goces inefables prometidos á una eternidad de gloria y de dicha no hubiesen sido bastantes para olvidarlo; ya porque demasiado sensible á los males de la humanidad, solo veia tal vez desde su nuevo estado, las desgracias y dolores á que estaban espuestos los que le habian sobrevivido, desgracias y dolores que no podia prevenir ni endulzar. Tal debe ser en efecto la sola afliccion de los santos, á menos que los sucesos de la vida hayan unido su destino á una criatura, que han perdido y que no encontrarán ya mas.

La viva y dulce espresion que lanzaban los ojos de San-Colombain, la sonrisa celestial pintada en sus lábios, los consuelos de amor y caridad que se desprendian de ellos, y que introducian en el corazon una ternura religiosa, hicieron afirmar á Jeanníes en la resolucion que habia formado: ella repetia con entusiasmo las palabras: amor y caridad. «¿Con qué derecho fulminaria »yo una terrible maldicion? ¡Ah! no ha confiado »el Señor á la debilidad de la mujer, el ser ins»trumento de terribles venganzas. ¡Pudiera su»ceder que él no se vengara! mas solo ha de cas»tigar los enemigos quien no los teme, y no ha

»de confiar el ministerio mas terrible de su justi-
»cia á las ciegas pasiones de tan débiles criatu-
»ras. ¡Cómo! es él quien un dia ha de juzgar todos
»los pensamientos... ¡Y cómo iré yo á implorar la
»piedad por mis hechos, cuando le serán presen-
»tados con toda la pureza y toda la verdad! yo
»entonces no podré contradecir, y ¡si por hechos
»que me son desconocidos... si por hechos que
»no han sido cometidos tal vez yo lanzara el
»grito de maldicion que se me pide contra un des-
»graciado, que sin duda es severamente castiga-
»do!...» De este modo Jeanníes se horrorizaba de su propia posicion, y sus miradas buscaban con esfuerzo las de San-Colombain, mas, confiada en la pureza de sus sentimientos, porque el invencible afecto que conservaba hácia Trilby no le habia hecho olvidar que era esposa de Dougal, buscó, fijó los ojos y el pensamiento en el pensamiento incierto del santo de las montañas. Un débil rayo del sol poniente pasó al través de los vidrios, é iluminó el altar con aquellos colores vivos y cambiantes que el crepúsculo anima, formando una brillante aureola alrededor del santo, y dando á su fisonomía una espresion celestial. Jeanníes creyó que San-Colombain estaba satisfecho, y llena de reconocimiento, besó con ardor las losas de la capilla, y los escalones de la tumba, repitiendo votos de caridad. Es posible que estuviese entonces ocupada en una plegaria que el mundo no podia comprender. ¿Quién sondeará

los secretos de una alma tierna, y quién podrá apreciar lo bastante los delirios de una mujer que ama?

El viejo monje que observaba con atencion á Jeanníes, satisfecho de tanta emocion, en la que traslucía alguna esperanza, la levantó del santo pavimento, y la dejó á los cuidados de Dougal que se preparaba para partir, con la imaginacion llena de ilusiones y felicidades, que fundaba sobre su peregrinacion y sobre la proteccion de los santos de Balva. «A pesar mio no puedo calcular, »dijo á Jeanníes, lo que me ha costado esta mal»dicion y tengo necesidad de distraerme en la pesca.» En cuanto á Jeanníes no era esto bastante para ella; nada podia distraerla de sus recuerdos.

El dia siguiente al que la bella pescadora condujo hasta el golfo de Clyde la familia del Laird de Roseneiss, volvia Jeanníes cerca la estremidad del lago Long, á la merced de la marea que hacia hendir la nave á una distancia igual de los bajíos de Argail y de Lemox, sin tener que recorrer al penoso movimiento de los remos; lanzada sobre el estrecho y movible batel; abandonaba al viento su negra y amada cabellera, y su blanco cuello que el sol habia débilmente matizado, se destacaba con una brillantez singular sobre su rojo ropaje de Ayr. Su desnudo pié colocado sobre uno de los lados del fragil batel, daba á este un lijero movimiento; impulsada entonces

la navecilla recibia y rechazaba la onda, que obligada á retirarse por aquella resistencia casi insensible, venia otra vez espumosa, elevándose plateada, y rodeando con su espuma fugitiva el torneado pié de Jeanníes. La estacion era rigurosa, pero la temperatura de algun tiempo á aquella parte se habia endulzado insensiblemente de modo que pareció á Jeanníes uno de los mas hermosos dias que pudiera recordar. Los vapores que se elevan ordinariamente del lago, formaban una trasparente cortina delante de los montes, que iba ensanchándose poco á poco debajo la flotante corona de nubes que pasaba sobre la montaña. Las que el sol no habia disipado aun, se mecian en el occidente como una colgadura de oro brillante, entretejidas por las faldas del lago para adorno de sus sencillas fiestas. Otras esparramadas, huian argentadas, doradas, movibles, como pequeñas lentejuelas engastadas sobre un fondo trasparente y de mil colores. Eran aquellas húmedas y pequeñas nubes en que el naranjado, el amarillo, el verde pálido, están en contínua lucha, segun los caprichos del aire y la luz, con el azul, la púrpura, y el violado. Al debilitarse y abajarse una de estas brumas errantes siguiendo el sendero del monte, el viento libre entonces, confundia todas las nubes trasparentes en una de estraña é indefinible que admiraba, promoviendo en el espíritu una sensacion inmensa, durante cuyo tiempo las decoraciones se suceden

con suma rapidéz, cambiando de una á otra ribera. Se ofrecian delante de ella dos inmensas puntas, á cuyos lados circulares se quebraban los rayos del sol poniente en unos resplandecientes como el cristal, en otros lanzando un pálido tinte pardo pronto á desvanecerse; á las mas lejanas hácia el oeste, las coronaba una inmensa aureola de vivo encarnado, que se desprendia por los lados de la montaña en caprichosos rayos que iban debilitándose poco á poco, hasta morir en su base entre las sombras débilmente iluminadas por el crepúsculo.

Estaban los cabos tan llenos de sombra, que cualquiera hubiera dicho á lo lejos que habia allí escollos inevitables; mas al acercarse iba retirándose poco á poco la sombra delante de la proa y mostrando grandes bahías muy favorables para los marineros. El escollo tremendo iba embelleciéndose y ofreciendo una segura navegacion. Jeanníes habia visto á lo lejos los bateles de los pescadores del lago Goyle, y lanzó una mirada sobre las débiles obras de Portincaple. Contemplaba con una emocion cada dia nueva, esa infinidad de puntas amontonadas confusamente, y que no se destaca la una sobre la otra, sino á favor de los efectos de la luz, mayormente en esta ocasion en que todas ellas se perdian debajo el terso velo de la nieve. Creia haber visto á su izquierda, ¡tan puro y trasparente estaba el cielo! las cúpulas de Ben-More y de Ben-Neathan; á su

derecha se descubria la áspera cresta de Ben-Lomond, por medio de algunas ásperas puntas que no habia cubierto la nieve y que se erizaban negruscas alrededor de la calva frente del rey de las montañas. El fondo de este cuadro maravilloso recordaba á Jeanníes una tradicion esparcida por todo el país, y que su espíritu, ahora mas predispuesto que otras veces á las emociones vivas y á las ideas milagrosas, consideraba bajo un aspecto diferente. A la misma punta del lago se levantaba la enorme masa de Ben-Arthur detrás de las dos inmensas y negras rocas de basalto que parecian estar la una suspendida sobre la otra. Estas piedras fueron estraidas de las cavernas de la montaña en donde reinaba el gigante Arthur, cuando dos hombres atrevidos levantaron á orillas de Foth los muros de Edimburgo. Arthur desterrado de su dulce soledad por la política de un pueblo temerario, dió un paso hácia el estremo del lago Long, y colocó sobre la mas alta de las montañas que se ofrecia delante de él las ruinas de su palacio salvaje.

Sentado sobre una de las rocas, y con la cabeza apoyada sobre la otra, miraba con rábia el pueblo impío que habia usurpado sus dominios y le habia separado para siempre de la felicidad, y aun de la esperanza, porque dicen que amaba con delirio á la reina misteriosa de aquellas riberas, una de las hadas que los antiguos llaman ninfas, que habitan cavernas encantadas y desconoci-

das, y caminaban sobre alfombras de flores marinas, al resplandor de las perlas y carbunclos del Océano. Desgraciado el atrevido batel que osase herir la inmóvil superficie del lago cuando la larga figura del gigante, vaga indecisa como los vapores de la tarde, se levantaba súbitamente entre las dos rocas de la montaña, apoyando sus piés enormes sobre sus puntas desiguales; se balanceaba entonces á favor del viento, estendiendo sus brazos tenebrosos y flotantes hácia el horizonte que llegaban al fin á rodearle como de un círculo inmenso. Apenas acababa de hundir en el lago los últimos pliegues de su manto de nubes, cuando una luz brillante salia de los fieros ojos de la fantasma, su voz producia un sonido parecido al del trueno y las ondas furiosas inundaban las orillas. A causa de esta aparicion que espantaba en alto grado á los pescadores, habia quedado desierta la rica y deliciosa rada de Arrophar, cuando un dia llegó un pobre ermitaño, cuyo nombre se ignora, de los mares tempestuosos de Irlanda, solo, pero invisiblemente acompañado de un noble espíritu de fé y de caridad sobre una lancha empujada por un poder irresistible, surcando las agitadas olas, sin participar de su agitacion, no obstante de no aprovecharse el santo sacerdote del frágil socorro de los remos. De rodillas sobre el débil esquife, con un crucifijo en las manos, miraba tristemente al cielo. Cuando llegó cerca del término de su viaje, se levantó con

dignidad, derramó unas cuantas gotas de agua bendita sobre las ondas furiosas, y dirigió al gigante del lago ciertas palabras en un idioma desconocido. Créese que en nombre de los primeros compañeros del Salvador, que eran pescadores y gondoleros, le mandaba restituir á los pescadores y gondoleros del lago Long el pacífico imperio de las aguas que la Providencia les habia otorgado. Al mismo instante, el espectro amenazador se disipó en lijeros copos como los que el hálito de la mañana hace rodar por encima de la ola invisible, y que á lo lejos podria tomarse por una nube de plumazon arrebatada del nido de las grandes aves que habitan sus riberas.

El golfo todo aplanó su vasta superficie; las mismas olas que se elevaban blanqueando contra la playa no volvieron á bajar; perdieron su fluidéz sin perder su forma y su aspecto, y la vista engañada todavia por los contornos redondeados, ondulantes movimientos, y color azulado y herido de reflejos cambiantes por los escamosos escollos de que está erizada la costa, los toma de lejos por bancos de espuma cuya vuelta imposible espera en vano. En seguida el santo anciano sacó su barco á la arena, en la esperanza de que quizás así lo encontraria el pobre montañés; con sus enlazados brazos apretó contra su pecho el crucifijo, y trepó con firme paso el sendero de la roca hasta la celda que le edificaron los ángeles

al lado de la region inaccesible del águila blanca. Muchos anacoretas le siguieron en estas soledades y se desparramaron lentamente formando piadosas colonias en los vecinos campos. Tal fué el orígen del monasterio de Balva, y sin duda el del tributo que largo tiempo se habia impuesto hácia los religiosos de este convento la gratitud sobrado pronto olvidada del clan de los Mac-Farlane. Fácil es comprender por qué secreta trabazon la historia de este exorcismo antiguo y de sus consecuencias se enlazaba con las ideas habituales de Jeannies.

Sin embargo, las sombras de una noche tan precoz en una estacion en que toda la carrera del dia se verifica en pocas horas, empezaban á subir desde el lago á las alturas que le rodean, hasta envolver las cimas mas elevadas. El cansancio, el frio, el ejercicio de una larga contemplacion ó reflexion profunda, habian abatido las fuerzas de Jeannies, y sentada con una estenuacion inesplicable en la popa de su navecilla, dejaba que se alejase de los frondosos laberintos de Argail hácia la morada de Dougal, estando medio dormida, cuando una voz salida de la opuesta orilla la anunció un viajero. Solo la piedad que inspira un hombre descarriado en una costa en que no habitan su mujer é hijos, y que va á dejarles contar buenas horas de angustias y de espera, en la esperanza siempre fallida de su vuelta, si el oido del gondolero se cierra por casuali-

dad á su súplica; este interés, que las mujeres sobre todo toman por un proscrito, por un desvalido, por un niño abandonado, podia solo obligar á Jeanníes á lidiar con el sueño que la abrumaba, para volver su proa, batida de las olas tan largo tiempo habia, con direccion á los génios marinos que cubren el largo golfo de las montañas. «¿Quién hubiera podido precisarla á atrave»sar el lago á esta hora, decia ella, sino la nece»sidad de huir de un enemigo, ó de juntarse con »un amigo que la espera? ¡Ah! ¡pueda todo aquel que espera á su objeto amado no ser engañado jamás en su esperanza! ¡alcance siempre lo que desee!... Y las lamias tan largas y apacibles se multiplicaban bajo el remo de Jeanníes que las heria como un azoto.

Continuaban haciéndose oir los gritos, pero tan débiles y cascados, que mas bien parecian gemidos de fantasma que voz de criatura humana, y la vista de Jeanníes dirigida con esfuerzo hácia el lado de la costa, no la descubria mas que un horizonte sombrío, cuya profunda inmovilidad ningun ser viviente animaba. Si habia creido distinguir desde luego una figura humana inclinada sobre el lago, dirigiéndola suplicantes brazos, no habia tardado en reconocer en el pretendido estranjero un tronco muerto que balanceaba bajo el peso de las escarchas dos ramas desecadas. Si la habia parecido por un instante que veia circular una sombra á corta distancia de su ba-

tel, entre la niebla que acababa de caer, era la suya que la última luz del crepúsculo horizontal dibujaba en el flotante velo, y que iba confundiéndose mas y mas con las inmensas tinieblas de la noche. Su remo en fin, heria ya los silvantes cañaverales de la ribera, cuando vió salir de ella á un anciano tan encorvado bajo el peso de los años, que se hubiese dicho que su pesada cabeza buscaba un apoyo en sus rodillas, y que solo conservaba el equilibrio de su cuerpo vacilante, apoyándose en un fragil junco que le sustentaba no obstante sin doblegarse; pues este viejo era enano y el mas pequeño, segun trazas, de cuantos hubiese visto jamás la Escocia. Aumentóse la admiracion de Jeanníes, cuando á pesar de lo caduco que parecia, se lanzó lijeramente á la barquilla y tomó asiento frontero á la gondolera, de un modo que no carecia de flexibilidad ni de gracia.

«Padre mio, le dijo ella, no os pregunto donde »pensais dirigiros pues el término de vuestro »viaje debe estar demasiado lejos, para que os »quede esperanza de llegar á él esta noche.

«Estais equivocada, hija mia, replicó el viejo; »jamás he estado tan cerca de el, y desde que me »encuentro en esta barca, me parece que nada »tengo que desear para llegar á él, aun cuando »un hielo eterno la pegase de repente en medio »del golfo.»

«Esto es admirable, replicó Jeanníes. Un

»hombre de vuestra estatura y de vuestra edad »seria conocido en todo el país, caso que habita»se en él, y á menos que seais el hombrecillo de »la isla de Man de quien frecuentemente he oido »hablará mi madre, el cual ha enseñado á los ha»bitantes de nuestros lugares el arte de fabricar »con cañas largas cestas dentro de las cuales los »peces (retenidos por algun poder mágico) jamas »pueden encontrar la salida, me atreveria á de»ciros que no teneis hogar en las costas de la »mar de Irlanda.»

«¡Oh! yo lo tenia muy vecino á esta ribera; »pero me arrojaron de él cruelmente.»

«Ya comprendo, buen anciano, lo que os con»duce á las costas de Argail. Es preciso que ten»gais aquí muy tiernos recuerdos para abando»nar á hora tan avanzada las risueñas riberas del »lago Lomond, en que abunda una pesca mas es»quisita que la de nuestras aguas marinas, y un »wiskey mas saludable para vuestra edad que el »de nuestros pescadores y marineros. Para vol»ver entre nosotros, es preciso que ameis á algu»no en esta region de tempestades, de la cual »huyen las mismas serpientes. A la venida del »invierno se deslizan hácia el lago Lomond, lo »atraviesan en desórden como una tribu de mon»tañeses, y van á refugiarse en una de las rocas »del mediodia. Los padres, losesposos, los aman»tes, no temen internarse en rigurosos lugares »cuando tratan de hallar el objeto amado, pero

»vos no podriais pensar, sin que fuese locura, »alejaros esta noche de las orillas del lago Long.»

«No es esta mi intencion, dijo el desconocido, »mas quisiera morir mil veces.»

«Aunque Dougal sea tan económico en su des»pensa, continuó Jeanníes, que no abandonaba »su pensamiento, y que no habia prestado sino »una atencion lijera á las interrupciones del pa»sajero, aunque sufra, añadió con amargura, que »la esposa y las hijas de Coll-Cameron luzcan »mas que yo en las fiestas de la tribu, no por eso »falta en su cabaña leche y pan de avena para »los viajeros, y quisiera mas bien que fueseis vos »quien apurase nuestro buen wiskey, que no ese »viejo monje de Balva, que no ha venido ni una »sola vez sin causarnos algun daño.»

«¿Qué es lo que oigo, hija mia? dijo el ancia»no con grande admiracion; precisamente me di»rigia yo hácia la cabaña de Dougal el pescador; »allí debo volver á ver todo lo que amo, dijo mo»dulando en temblorosa voz, si no he sido enga»ñado. ¡Solo ha sido la fortuna quien me ha de»parado esta nave!...»

«Ya os comprendo, dijo Jeanníes sonriéndose, »gracias sean dadas al hombre de la isla de Man. »Siempre ha amado á los pescadores.»

«¡Ay de mí! ¡no soy el que vos pensais! otro »sentimiento me llama á vuestra casa. Sabed, »hermosa jóven, porque esas luces boreales que »bañan la frente de las montañas, esas estrellas

»que caen del cielo cruzándose y que blanquean »en el horizonte, esa luz que se adelanta, que se »estiende, y que viene hasta nosotros desde »aquel barco lejano, todo me ha hecho ver que »erais hermosa; sabed, digo, que soy el padre de »un génio que habita en la cabaña de Dougal el »pescador; si creo lo que me han contado de ella, »si doy crédito, sobre todo á vuestra fisonomía y »á vuestro lenguaje, podria comprender apenas, »en la edad á que he llegado, que Trilby hubiera »escogido otra habitacion. Hace pocos dias que »han informado de ello, y no he visto al pobre »jóven desde el reinado de Fergus. Esto pertene»ce á una historia que fuera largo contaros, pero »juzgad de mi impaciencia ó mas bien de mi feli»cidad, pues que ya tocamos la ribera.»

Jeanníes dió á la nave un movimiento retrógrado, y dejó caer su cabeza hácia atrás, apoyando una mano sobre su frente.

«¡Y bien! dijo el anciano, ¿por qué no abor»damos?»

«Abordar, respondió Jeanníes sollozando. ¡Pa»dre infortunado! ¡Trilby ya no vive aquí!...»

«¡No está aquí! Jeanníes, ¿acaso hubiérais si»do tan culpable que lo hubiéseis abandonado »en manos de esos monjes de Balva que han sido »causa de nuestras desgracias?...»

«Sí, sí, dijo Jeanníes impeliendo la nave por »el lado de Arroqhar. Sí, ¡soy yo quien lo ha per»dido, quien lo ha perdido para siempre!...»

«¡Vos, Jeanníes, vos tan encantadora, tan »buena! ¡Pobre jóven! ¡Cuán culpable habrá sido »para merecer vuestro ódio!...»

«¡Mi ódio! dijo Jeanníes dejando caer la mano »sobre el remo, y sobre la mano su cabeza. ¡Solo »Dios sabe cuanto le amaba!...»

«¡Le amabas!» esclamó Trilby cubriendo de besos sus brazos (pues este viajero misterioso era el mismo Trilby, y mal de mi grado he de confesar que si mi lector esperimenta algun placer con esta esplicacion, no será probablemente el de la sorpresa.)

«¡Tú le amabas!... ¡ah! repite que le amabas, »osa decírmelo á mí, decirlo por mí porque tu re»solucion va á decidir de mi felicidad ó de mi »ruina. ¡Acógeme, Jeanníes, como un amigo, co»mo un amante, como á tu esclavo, como á tu »huésped, cual hubieses acogido a este pasagero »desconocido. ¡No niegues á Trilby un asilo se»creto en tu cabaña!

Y así hablando, el duende iba despojándose del bizarro disfraz que la víspera le prestaron los Shoupeltinos del Shetland. Abandonaba á la corriente de la marea sus cabellos de cáñamo y su barba de blanco musgo. su collar compuesto de alga y crista marina cogido á trechos en pechinas de varios colores, y su síngulo arrebatado á la plateada corteza del abedul. Ya no era mas que el espíritu vagabundo del hogar; pero la oscuridad prestaba á su aspecto algo de vago que

no hacia mas que recordar sobradamente á Jeanníes el prestigio singular de sus últimos sueños, las seducciones de este amante peligroso del sueño que llenaba sus noches de ilusiones tan encantadoras como temidas, y el cuadro misterioso de la galería del monasterio.

«Sí, mi Jeanníes, murmuraba él con una voz »dulce, pero débil como la del suave ambiente »que suspira en el lago por la mañana; vuélveme »al hogar desde el cual podia yo verte y oirte, el »modesto rincon de la ceniza que tú revolvias »por la noche para descubrir una chispa, la tela»raña de invisibles mallas que cuelga de los vie»jos techos y que me prestaba una hamaca flo»tante en las noches calurosas del verano. ¡Ah! »si preciso es, Jeanníes, no te importunaré mas »con mis caricias, no te diré mas que te amo, no »tocaré tus vestidos aun cuando se levanten vo»lando hacia mí, con la corriente de la llama y »del aire.

«Si alguna vez me atrevo á tocarlo será solo »para apartarlos del fuego, cuando te dormirás »hilando. Y mas te diré, Jeanníes, pues veo no »pueden acabarte de resolver mis ruegos, concé»deme á lo menos un lugarcillo en el establo; »concibo todavia cierta felicidad en este pensa»miento, besaré la lana de tu carnero, porque se »que te agrada hacerla girar alrededor de tus »dedos, cojeré las flores mas aromáticas, y tejeré »con ellas, guirnaldas, y cuando llenes el pese-

»bre con nuevo lecho de paja la estrecharé yo »contra mi corazon con mas orgullo y placer que »las tapicerías de un rey; te llamaré quedo: ¡Jean»níes, Jeanníes!... y nadie me oirá tenlo por cier»to, ni tan siquiera el insecto monótono que hie»re la pared por mesurados intérvalos, y cuyo re»loj de muerte interrumpe solo el silencio de la »noche. Mi mas ardiente deseo es de estar allí »donde pueda respirar el aire que toca el aire que »tu respiras; el aire por donde hayas pasado tú, »que ha participado de tu aliento, que ha circu»lado por entre tus lábios, que han penetrado tus »miradas, que te hubiese acariciado con ternura »si su naturaleza inanimada gozara de los privi»legios de la nuestra, si tuviese sentimiento y »amor.»

Jeanníes echó de ver que se habia alejado demasiado de la ribera, pero Trilby comprendió su inquietud se apresuró á tranquilizarla refugiándose al estremo de la barca.

«Anda Jeanníes, la dijo vuelve sin mí á las riberas de Argail donde no puedo yo penetrar sin el permiso que me rehusas. Abandona al pobre Trilby en una tierra de destierro para que viva en ella condenado al dolor eterno de tu pérdida; nada le costará si dejas caer sobre él una mirada de adios ¡desdichado! ¡que tenebrosa noche!»

Un fuego repentino brilló en el lago.

«Hélo aquí dijo Trilby; ¡Dios mio gracias os doy! ¡hubiese aceptado vuestra maldicion á este precio!»

«No es por culpa mia, dijo Jeanníes, pues no esperaba yo esta luz estraña, y si mis ojos han encontrado los vuestros... si habeis creido leer en ellos la espresion de un consentimiento, cuyas consecuencias no prevía ya; en verdad, bien lo sabeis, el fallo del temible Ronald encierra otra condicion. Preciso es que el mismo Dougal os envie á la cabaña. Y por otra parte ¿no está interesada vuestra misma felicidad en su denegacion y la mia? Vos sois amado, Trilby, las mas nobles damas de Argail os adoran, y en sus palacios debiérais de haber encontrado...»

«¿Los palacios de las damas de Argail? replicó con viveza Trilby. ¡Oh! desde que he salido de la cabaña de Dougal, aunque hubiese sido al principio de la mas cruda estacion del año, mi pié no ha pisado el pavimento de la morada de un solo hombre; no he reanimado mis helados dedos á favor de la llama de un hogar chisporreante. He tenido frio, Jeannies, y ¡cuántas veces, cansado de tiritar á la orilla del lago entre las ramas de los arbustos desecados que se encorvan bajo el peso de escarchas, me levanté saltando para despertar un resto de calor en mis miembros inertes, y llegué hasta la cumbre de las montañas! ¡cuántas veces me he envuelto en la nieve que acababa de caer, he ido rodando encerrado dentro de sus pellones; pero dirigiéndolos de manera que ni menoscabasen una sola cabaña, ni comprometiesen la esperanza de un solo cultivo, ni ofendie-

sen á un solo ser animado! El otro dia, corriendo, vi una piedra en la cual un hijo desterrado habia escrito el nombre de su madre; conmovido, me apresuré á desviar el horrible azote, y me precipité con ella en un abismo de hielo donde jamás ha respirado un insecto. Tan solo cuando el cuervo marino, furioso por encontrar el golfo aprisionado por un muro de hielo que le niega el tributo de su pesca acostumbrada, atrabesaba graznando de impaciencia para ir á arrebatar una presa mas fácil en el Firth de Clyde ó en el Sund del Jura, corria yo todo gozoso al escarpado nicho del ave viandante, y sin otra inquietud que la de ver abreviada su ausencia, me calentaba entre sus pequeñuelos del año, demasiados jóvenes todavia para tomar parte en sus espediciones marítimas, y que familiarizados bien presto con su huésped clandestino, pues jamás he dejado de traerles algun presente, á mi llegada se hacian á un lado para dejarme entre ellos un pequeño lugar en su lecho de plumon. O bien, á semejanza del industrioso turon que se escava una habitacion subterránea para el invierno, recogia con cuidado el hielo y la nieve amontonados en un rincon de la montaña que al dia siguiente debia estar expuesto á los primeros rayos del sol, levantaba con precaucion el tapiz de viejo musgo que habia emblanquecido despues de muchos años de estar sobre la roca, y al llegar á la última capa, me envolvia en sus hilos de plata como un niño en

sus mantillas, y me dormia protegido del viento de la noche bajo mis cortinas de terciopelo; feliz sobre todo, cuando se me ocurria que tú habias podido pisarlo al ir á pagar el diezmo del pescado ó de los granos. Tales eran, Jeanníes, los soberbios palacios que habitaba, he aquí la dulce acogida que he recibido desde que estoy separado de tí, el del escarabajo pelotero que muchas veces, sin saberlo, he turbado en su retiro, ó de la alborotada gaviota que una tempestad repentina obligaba á refugiarse junto á mí en el hueco de un sauce roido por la edad y por el fuego, cuyas negras cavidades llenas de ceniza dan á conocer el punto de reunion habitual de los contrabandistas. Tal es, oh cruel, la felicidad que me echas en cara. Pero ¡qué es lo que digo! ¡este tiempo de miseria no ha pasado sin cierta felicidad! Aunque me fuese prohibido hablarte y acercarme á tí sin tu permiso, no obstante, seguia tu batel con mis ojos, y otros duendes tratados con menos rigor, doliéndose de mis penas, me traian algunas veces tu aliento y tus suspiros. Cuando el viento de la tarde arrancaba de tus cabellos los restos de una flor de otoño, el ala de un amigo complaciente la sostenia en el espacio, llevándola hasta la cima de la roca solitaria, hasta en el seno de la nube errante donde estaba yo abandonado, y la dejaba caer sobre mi corazon. Un dia, ¡te acuerdas! el nombre de Trilby habia sonado en tus lábios; un duende lo recogió y vino

á encantar mis oidos con el sonido de este llamamiento involuntario. Lloraba yo entonces pensando en tí, y mis lágrimas de dolor se trocaron en lágrimas de gozo: habia de ser junto á tí donde echase yo menos los consuelos de mi destierro.»

«Esplicaos, Trilby, dijo Jeanníes, procurando distraerse de su emocion. Me parece que me acabais de decir, ó de acordarme que os estaba prohibido hablarme y acercaros á mí sin mi permiso. Así efectivamente lo habia dispuesto el monje de Balva. ¿Cómo es, pues, que os encontreis ahora en mi barca, junto á mí, conocido de mí, sin que yo os lo haya permitido?...»

Jeanníes, permitidme que os lo repita, aunque cueste tanto á vuestro corazon el confesarlo... ¡Vos habeis dicho que me amabais!»

«Seduccion ó debilidad, compasion ó devaneo, lo he dicho, replicó Jeanníes; pero antes, pero hasta aquí yo creia que mi batel lo mismo que mi cabaña os debia ser inaccesible...»

«¡Harto lo sé! ¿cuantas veces estuve inútilmente tentado de llamarla junto á mí? El aire empero se llevaba mis quejas, ¡y vos no me oíais!...»

«Entonces ¿cómo puedo yo comprender?»

«Ni yo mismo lo comprendo, respondió Trilby, á no ser que vos, continuó él en un tono de voz mas trémulo y humilde, hayais confiado el secreto que os he sorprendido por casualidad, á co-

razones favorables, á amistadas tutelares, que en la imposibilidad de revocar enteramente mi condena, sin embargo no han perdido la esperanza de dulcificarla...»

«Nadie, nadie esclamó Jeanníes espantada; yo misma no sabia, yo misma no estaba todavia segura y vuestro nombre no ha pasado de mi mente á mis labios mas que en el secreto de mis oraciones...»

«En el mismo secreto de vuestras oraciones, podíais conmover un corazon que me amase, y si en presencia de mi hermano Colombain, Colombain Mac-Farlane...»

«¡Vuestro hermano Colombain! si en su presencia... ¡y vuestro hermano! ¡Dios de bondad!... ¡tened piedad de mí! ¡perdon!... ¡perdon!...»

«Sí, yo tengo un hermano, Jeanníes, un hermano muy querido, que goza de la contemplacion de Dios, y para quien mi ausencia no es mas que el intérvalo penoso de un triste y peligroso viaje cuya vuelta es casi segura. Mil años en la tierra no son mas que un instante para aquellos que no deben separarse jamás.»

«Mil años, es el término que Ronald os habia fijado, caso que volviérais á entrar en la cabaña...»

«Y ¡qué son mil años de la mas severa cautividad, qué seria una eternidad de muerte, una eternidad de dolor, para el alma que tú hubieses amado, para la criatura sobrado favorecida de la

Providencia que se hubiese asociado durante algunos minutos á los misterios de tu corazon, para aquel cuyos ojos hubiesen encontrado en tus ojos una mirada de abandono, en tu boca una sonrisa de ternura! ¡Ah! la nada, el infierno mismo no tendrian mas que tormentos imperfectos para el dichoso condenado, cuyos lábios se hubiesen rozado con tus labios, hubiesen acariciado los negros anillos de tus cabellos, besado tus cejas húmedas de amor, para aquel que siempre en medio de los tormentos sin fin, pudiese pensar: *¡Jeannies me ha amado un instante!* ¡Concibes este placer inmortal! ¡No es así como la cólera de Dios se desploma sobre los culpables que intenta castigar! ¡Pero caer arrojado por su poderosa mano en un abismo de desesperacion y de amargura donde todos los demonios repiten durante todos los siglos: No, no, Jeannies no te ha amado. ¡Esto, Jeannies, es un horrible pensamiento, un porvenir inconsolable! Mira; reflexionar, consulta; de tí depende mi infierno.»

«Pensad al menos, Trilby, que os es necesario el consentimiento de Dougal para el logro de vuestros deseos, y que sin el...»

«Todo queda á mi cargo, si vuestro corazon responde á mis ruegos y á mis esperanzas...»

«¡Vos olvidais!...»

«Nada olvido...»

«¡Dios mio! esclamó Jeannies... ¡tú no ves... tú no ves... tú estás perdido!...»

«Estoy salvado... contestó Trilby sonriendo.»

«Ved... ved... Dougal está junto á nosotros.»

En efecto, á la vuelta de un pequeño promontorio que le habia ocultado el lago por un momento, la barca de Jeanníes se encontró tan cerca de la de Dougal que este hubiese visto infaliblemente á Trilby, á pesar de la oscuridad, si el duende no se hubiese precipitado á las olas en el mismo instante en que el pescador preocupado echaba en ellas sus redes.

He aquí otra sin duda, dijo retirándolas, y desprendiendo de sus mallas una caja de una forma elegante y de una materia preciosa que por su tersa blancura y pulido tacto creyó ser marfil incrustado de algun metal brillante, y enriquecido con gruesos carbunclos orientales cuyo resplandor aumentaba la noche.

«Figúrate, Jeanníes, que desde la mañana no ceso de llenar mis redes con los mas bellos pescados azules que jamás se hayan pescado en el lago; y para colmo de fortuna, acabo de sacar un tesoro, pues á juzgar por el peso de esta caja y la magnificencia de sus adornos, no encierra nada menos que la corona del rey de las islas, ó las joyas de Salomon. Apresúrate pues á llevarla á tu cabaña, y vuelve corriendo á vaciar nuestras redes en el remanso de la rada, pues no conviene despreciar los pequeños beneficios; y la fortuna que me envia San Colombain no me hará nunca olvidar que he nacido un simple pescador.»

La gondolera estuvo largo tiempo sin poderse esplicar sus ideas. Pareciale que flotaba una nube delante de sus ojos y oscurecia su entendimiento, ó que trasportada de ilusion por un sueño inquieto, sufria el peso del sueño y del abatimiento hasta el punto de no poderse despertar. Al llegar á la cabaña, empezó por dejar la caja con precaucion, luego se acercó al hogar, revolvió la ceniza todavia ardiente y quedó atónito al encontrar carbones encendidos lo mismo que la víspera de una fiesta.

El grillo cantaba de alegria en el borde de su gruta doméstica, y la llama voló hácia la lámpara que temblaba en la mano de Jeanníes, con tanta rapidez que el aposento quedó súbitamente iluminado.. Jeanníes de pronto se figuró que por último á la fin de un largo sueño heria sus párpados la luz de la mañana, pero no era nada de esto. Los carbones chispeaban como antes; continuaba en su canto el alegre grillo, y la caja misteriosa permanecia en el mismo lugar donde acababan de colocarla con sus embutidos de plata sobredorada, sus cadenas de diamantes y rosetones de rubies.

«¡No dormia yo! dijo Jeanníes. ¡No dormia yo! Fortuna deplorable,» continuó sentándose, cabe á la mesa, y dejando caer su cabeza sobre el tesoro de Dougal! «¿Qué me importa las vanas riquezas que encierra esta cajita de marfil? Piensan los monjes de Balva haber pagado con esto la

pérdida del sin ventura Trilby, pues no me cabe ya dudar que ha desaparecido bajo las olas, y que es fuerza renunciar para siempre á volverle á ver. ¡Trilby, Trilby! esclamó llorando...» y un suspiro, un largo suspiro se dejó oir. Miró á su alrededor, puso atento el oido pra ver si se habia engañado. En efecto, ningun otro suspiro se oyó.

«¡Trilby ha muerto, esclamó ella, Trilby no está aquí! Por otra parte, añadió con maligna alegria, ¿qué partido puede sacar Dougal de este mueble que es imposible abrir sin que se rompa? ¿Quién le enseñará el secreto de la cerradura encantada que debe girar sobre estas esmeraldas? Preciso le fuera saber las palabras mágicas del encantador que la ha construido, y vender su alma á algun demonio para calar el misterio.»

«No habria mas que amar á Trilby y decirle que es amado, replicó una voz que se escapaba del maravilloso cofrecito. Condenado para siempre si te resistes, para siempre salvado si consientes; he aquí mi suerte, la suerte que tu amor me ha labrado...»

«¿Es preciso decir?... replicó Jeanníes...»

«Es preciso decir: ¡Trilby, yo te amo.»

«¿Decirlo... y esta caja se abriria desde luego? ¡y vos quedariais libre!...»

«Libre y feliz.»

«No, no, dijo Jeanníes despavorida, no, yo no puedo, no debo...»

«Y ¿qué podriais temer?...»

«Todo, respondió Jeanníes, un perjurio horroroso, la desesperacion, la muerte...»

«¡Insensata! ¡qué concepto has formado pues de mí!... ¡Te imaginas, tú que lo eres todo para el infortunado Trilby, que iria á atormentar tu corazon con un sentimiento culpable, y seria capaz de perseguirle con una pasion peligrosa que destruiria tu felicidad y emponzoñaria tu vida!... Juzga mejor de tu ternura. No, Jeanníes, te amo por la dicha de amarte, de obedecerte, de depender de tí. Tu consentimiento no es mas que un derecho mas á mi sumision, no es esto un sacrificio. Diciéndome que me amas, das libertad á un amigo y ganas á un esclavo. ¿Qué relacion te atreves á concebir entre las vueltas que solicito y la noble y tierna obligacion que te une á Dougal? El amor que te profeso, oh Jeanníes, no es de condicion terrestre; ¡ah! ¡quisiera poderte decir, poderte hacer comprender cómo en un mundo nuevo, un corazon apasionado, un corazon que ha sido engañado en sus mas caros afectos ó que ha sido despojado de ellos antes de tiempo, se entrega á una ternura infinita, á una eterna felicidad que no puede ser ya culpable! Tus potencias demasiado débiles todavia no han podido comprender el amor inefable de un alma libre de todos los deberes, y que puede sin ser infiel rodear á todas las criaturas que guste de un cariño sin límites. ¡Oh, Jeanníes, tú no sabes cuanto amor existe fuera de la vida, y cuán puro es y tranqui-

lo! ¡Dime, Jeannies, dime tan solo que me amas! No es tan difícil decir esto... Solo la espresion del ódio debe costar algun esfuerzo á los lábios. ¡Yo te amo Jeanníes, yo no amo mas que á tí! Ves, Jeanníes mia, no hay en mi espíritu un solo pensamiento que no te pertenezca. No da un latido mi corazon que no sea por el tuyo. ¡Mi seno palpita con tanta fuerza cuando el aire que recorro está herido por tu nombre! ¡se estremecen mis lábios y pierden el color con tanta prisa cuando intento pronunciarla! ¡Oh cuanto te amo, Jeanníes! y no dirás, no te atreverás á decir... ¡Yo te amo, Trilby! ¡pobre Trilby, yo te concedo un poco de amor!...»

«No, no, dijo Jeanníes, escapándose con horror del aposento donde estaba depositada la rica cárcel de Trilby; no, jamás haré traicion á los juramentos que hice á Dougal, que hice libremente al pié de los altares; verdad es que Dougal tiene á veces un humor estraño y regañoso; pero estoy segura de que me ama. Verdad es tambien que no sabe espresar los sentimientos que esperimenta, como este fatal espíritu desencadenado contra mi reposo, pero ¿quién sabe si este don funesto no es un efecto particular de la pujanza del demonio, y si no es él quien me seduce en los artificiosos discursos del duende? Dougal es mi amigo, mi esposo, el esposo que volveria á escojer aun; le empeñé mi fé, y nada triunfará de mi resolucion y de mis promesas; nada, ni mi mismo

corazon, continuó suspirando. ¡Antes se haga pedazos que olvide el deber que Dios le ha impuesto!...»

Apenas tuviera tiempo Jeanníes de afirmarse en la resolucion que acababa de tomar, repitiéndosela consigo misma con una fuerza de voluntad, tanto mas enérgica, cuanto mas numerosas eran las dificultades que tenia que vencer, murmuraba todavia las últimas palabras de este secreto empeño, cuando sonaron dos voces junto á ella, debajo del camino de travesía que habia tomado para llegar mas pronto á la orilla del lago, pero que no se podia recorrer con una carga de consideracion, mientras que Dougal llegaba comunmente por el otro, cargado de los mas bellos pescados, sobre todo cuando conducia algun huésped á su cabaña. Los viajeros seguian la ruta inferior y marchaban lentamente á guisa de hombres ocupados en una seria conversacion. Eran Dougal y el viejo monje de Balva que la casualidad acababa de conducir á opuesta orilla, y que habia llegado á tiempo para pasar en la barca del pescador y pedirle hospitalidad. Puédese creer que Dougal no estaba dispuesto á rehusarla al santo comensal del monasterio, de quien aquel mismo dia habia recibido tan señalados favores; pues á su proteccion y no á la de ningun otro, atribuia él la vuelta de los tesoros de la pesca, y el hallazgo de aquella cajita tantas veces soñada, que debia encerrar á todas luces tesoros

mucho mas positivos y duraderos, acogió pues al viejo monje con mas oficiosidad que el dia memorable en que tenia que pedirle el destierro de Trilby, y eran las espresiones reiteradas de su agradecimiento, y las solemnes protestas de la continuacion de las bondades de Ronald, las que habian llamado la atencion de Jeanníes. Paróse como á pesar suyo para escuchar, pues no dejaba de temer, sin embargo de que no se lo atreviera á confesar, que este viaje no tuviese otro objeto que la demanda ordinaria de Inverrary, que nunca dejaba de traer en tal ocasion á un emisario del convento; su respiracion estaba suspensa, latia con violencia su corazon; aguardaba una palabra que la revelase algun peligro para el cautivo de la cabaña, y cuando oyó á Ronald pronunciar con esforzada voz:

«Libres están las montañas, los espíritus malignos han sido vencidos; el último de todos fué condenad la vigilia de San Colombain;» concibió doble motivo de confianza, pues no la quedaba duda acerca las palabras de Ronald. «O el monje ignora la suerte de Trilby, dijo, ó Trilby se ha salvado y alcanzado de Dios el perdon, cual parecia esperarlo.» Mas tranquila ya, se dirigió á la bahía donde estaban amarradas las barcas de Dougal, vació en el remanso las redes que estaban llenas, estendió las vacias en la playa, despues de haber esprimido con mucho cuidado el agua, á fin de preservarlas del percance de una

helada matinal, y volvió á tomar el camino de las montañas con aquella calma que resulta del cumplimiento de un deber que no ha costado nada á nadie. «El último de los malignos fué condenado la vigilia de San Colombain, repitió Jeanníes, no será Trilby, pues me ha hablado esta tarde, yá la hora esta está en la cabaña, á menos que un sueño haya burlado mis sentidos. Trilby está pues salvado, y la tentacion que acaba de ejercer en mi corazon no era mas que una prueba de que no se hubiese encargado de su propia voluntad; sino que le habrá sido impuesta por los santos. Salvado está, y algun dia volveré á verle, algun dia ciertamente, esclamó ella; él mismo acaba de decirmelo; mil años en la tierra no son mas que un intante para aquellos que no deben separarse jamás.»

Jeanníes habia alzado tanto la voz que hubieran podido oirla, pues creia que estaba sola. Iba siguiendo las largas paredes del cementerio, frecuentado tan solo en aquella hora solitaria por animales carniceros, ó cuando mas por algunos niños huerfanos, que pobres y tristes van á llorar á sus padres; al confuso rumor de aquel gemido parecido al lamento de un sueño, se alzó del interior una antorcha hasta la altura de las paredes del fúnebre recinto, y lanzó en los largos troncos de los vecinos árboles, espantosos resplandores. El alba del Norte, que habia empezado á iluminar el horizonte polar desde la caida

del sol, desplegaba lentamente, á través del cielo, su velo pálido sobre la cresta de las montañas triste y terrible como la luz de un incendio lejano, al cual no podemos dar ausilio. Las aves nocturnas, sorprendidas en sus insidiosas correrias, replegaban sus pesadas alas y se dejaban caer despavoridas en las pendientes del Cobler, y el águila espantada lanzaba gritos de terror desde la punta de las rocas, contemplando aquella aurora inusitada, que ni va seguida de ningun astro, ni anuncia la mañana.

Jeanníes habia oido hablar diferentes veces de los misterios de las brujas y de las hadas, que se figuraba ella debian tener lugar en la última mansion de los muertos, y á ciertas épocas de las lunas de invierno. A veces tambien, cuando entraba fatigada bajo el techo de Dougal, habia creido columbrar aquella luz caprichosa que se elevaba y caia rápidamente, habia creido percibir en los aires sonidos de voces raras, risotadas chirriantes, y feroces. cantos que parecian de otro mundo, segun lo que eran débiles y fugitivos. Acordábase de haberla visto con sus tristes teas empapadas en sangre y ceniza, perdiendose por entre las mismas ruinas del claustro desigual, ó evaporarse como la humareda blanca y azul del azufre, devorado por la llama en las sombras del bosque y los vapores del cielo.

Arrastrada por una invencible curiosidad, traspasó el terrible umbral que nunca pisara sino de

dia para ir á rezar sobre la tumba de su madre. Dió un paso y se paró, hácia el estremo del cementerio, sombreado solo por esta especie de tejos cuyos frutos rojos como las cerezas caidas de la cesta de una hada, atraen de lejos todas las aves de la comarca; detrás del lugar señalado para la última hoya que estaba todavia vacia, habia un grande abedul llamado el *Arbol del Santo*, con motivo de creer algunos que San-Colombain siendo todavia mozo y antes de desengañarse enteramente de las ilusiones del mundo, habia pasado bajo su sombra toda una noche llorando, y luchando contra el recuerdo de sus profanos amores. Este abedul habia pasado á ser un objeto de veneracion para el pueblo; y a ser yo poeta hubiese trasmitido su memoria á la prosteridad.

Jeannies escuchó: contuvo la respiracion; bajó la cabeza para oir mas atentamente y volvió á escuchar. Oyó un doble ruido semejante al de una caja de marfil y de un abedul que se rompen, y al mismo tiempo vió correr sobre la tierra, blanquear y estenderse por sus vestidos el prolongado reflejo de una luz lejana. Siguióla tímidamente hasta su orígen; terminaba en el *Arbol del Santo*, y delante el *Arbol del Santo*, habia un hombre en pié en ademan de imprecacion, y un hombre prosternado en ademan de rezar. El primero agitaba una antorcha que bañaba de luz su frente torva á la par que serena. El otro parecia llorar. Reconoció en ellos á Ronald y á Dougal: oíase todavía

una voz, una voz apagada como el último aliento de la agonia, una voz que suspirando pronunciaba débilmente el nombre de Jeanníes, y que se disipó en el abedul.

«Trilby,» gritó Jeanníes... y adelantándose por entre las demás tumbas se dejó caer en aquella que la esperaba sin duda, pues nadie engaña su destino. «¡Jeanníes, Jeanníes, dijo el pobre Dougal!» «¡Dougal!» contestó Jeanníes, estendiendo hácia él su mano trémula, y mirando alternativamente á Dougal y al *Arbol del Santo.* «Daniel, mi buen Daniel, nada son en la tierra mil años... nada...» replicó levantando penosamente la cabeza; luego la dejó caer y murió.

Ronald interrumpido por un momento continuó su rezo:

Habian pasado muchos siglos desde este acontecimiento cuando el destino de los viajes, y quizás tambien algunas penas del corazon me condujeron al cementerio. Al presente está alejado de todas las cabañas, y á la distancia de mas de cuatro leguas se ve flotar en la misma ribera la humareda de las altas chimeneas de Portincapte. Todas las paredes del antiguo recinto están destruidas; quedando solo raros vestigios, ya sea que los habitantes del pais hayan empleado los materiales para nuevas construcciones, ya sea que la tierra de los campos de los laberintos de Argail arrastrada por súbitos deshielos las haya ido cubriendo poco á poco.

Sin embargo la piedra que cubre la tumba de Jeannies ha sido respetada por el tiempo, por las cataratas del cielo, y hasta por los hombres. Léense todavía estas palabras trazadas por piadosa mano. *Mil años en la tierra no son mas que un instante para aquellos que no han de separarse jamás.* El *Arbol del Santo* está ya muerto; pero algunos arbustos llenos de vigor coronan su enjuto tronco con su rico follaje, y cuando un viento apacible sopla por entre sus espesas y verdes ramas, una imaginacion viva y tierna puede figurarse todavía los suspiros de Trilby sobre la tumba de Jeanníes. ¡Mil años son tan poco tiempo para poseer el objeto amado, tan poco tiempo para llorarlo!...

FIN.